

¿Cuál es la política científica de la Universidad?



JOSÉ S. CARRIÓN
Profesor de la
Facultad de
Biología de la
Universidad de
Murcia

Las universidades españolas tendrán que abordar en los próximos años retos monumentales como consecuencia de la obligada adaptación al Espacio Europeo de Educación Superior. Parece que habrá fondos para que las universidades públicas de la Región aumenten su capacidad de aclimatación al nuevo escenario. Recientemente, en el acto solemne de apertura de curso de la UMU, el presidente **Valcárcel** anunció un incremento del 41% hasta el año 2011 en el presupuesto conjunto. En este artículo exploraré algunos puntos que considero cardinales para el éxito o fracaso de este proceso en el marco específico de la actividad científica.

Partiré de la premisa —poco discutible— de que nuestra competitividad en el escenario nacional e internacional de ciencia y tecnología no es ni la deseable ni la que corresponde con el potencial humano disponible. Primordialmente, declararía mis reservas sobre las políticas 'presupuesto-céntricas'. ¿Qué aspectos podrían mejorar con un incremento de la dotación económica? Desde luego, ésta incidiría directamente sobre la masa crítica de investigadores e infraestructuras; podría incrementar las plantillas docentes y de apoyo administrativo, así como canalizar la inserción laboral de doctores y generalizar las promociones académicas.

Pero hay disfunciones que no se corregirán con inversión pública. Aparte de las continuas quejas por lo que puede ser una financiación insuficiente y una escasa disposición a la justificación del gasto, existe en la Universidad una tendencia manifiesta a culpar a la indocumentada sociedad de falta de aplauso y a los políticos de todas nuestras carencias. Claramente, necesitamos una mirada cambiada hacia el exterior y tal vez también un poquito de introspección.

En lo primero, podría no haber razones para un pesimismo tan brutal. El murciano medio —si es que tal cosa existe— no está menos interesado por la ciencia que el aragonés, el catalán o el madrileño. Ante un estímulo adecuado, responderá favorablemente. Véase el programa *Microciencia* de Onda Regional, con unos índices de audiencia que ni el más optimista podría haber auspiciado hace un par de años. Para lo segundo, recurriré al cuaderno de campo. Recientemente, la Funda-

ción Séneca (Agencia Regional de Ciencia y Tecnología), en lo que yo describiría como un acto de riesgo inteligente, ha lanzado una Convocatoria de Excelencia Científica en la que se propone un marco de financiación estable para los grupos consolidados. Explícitamente, se trata de culminar una política de atención a la diversidad que ya venía incluyendo programas para grupos precompetitivos, investigación en Ciencias Sociales y Humanidades, formación de recursos humanos, movilidad, intercambio y difusión de conocimientos. Siguiendo la cultura política dominante, habría sido más prudente dejar que las diferencias siguieran diluidas en la maraña general. Implícitamente, la Fundación Séneca nos pide el carnet de identidad. Veremos el resultado, pero auguro la constitución de un club de damnificados. Vayan mis respetos de antemano para los que después mantengan (en debates de cafetería, naturalmente) que estas políticas siguen siendo torpes e insuficientes. Pero dejéme observar que, al menos, estas políticas existen ("ladran, luego cabalgamos", decía **Cervantes**). Porque las universidades públicas de esta región no suelen hacer políticas de investigación de ningún tipo.

Ni de investigación ni de muchas otras cosas. Con autonomía y todo, la tradición consiste en verlas venir: esperar las iluminaciones episódicas de los tecnócratas del ministerio de turno, esperar a que nos obliguen a 'converger', esperar a ver qué dicen los sindicatos, esperar a ver el signo de la protesta gremial para sacar la convocatoria, y así un largo etcétera. Supongo —y deseo— que no esperaremos también a que nos digan qué objetivos deberíamos priorizar y cómo podríamos

corregir una plantilla descompensada. Del mecenazgo, podemos esperar ciertos contextos favorables, pero nunca que nos defina el modelo estructural hacia el que orientar nuestros esfuerzos. Ni los compromisos que estamos dispuestos a asumir. Las acciones de política científica han sufrido demasiados desvaríos y han sido muy arbitrarias en los criterios. En la Universidad de Murcia, tal vez con cierta gloria en lo arquitectónico. Pero ni los ventanales más amplios, ni las inversiones alocadas en propaganda han conseguido despejar cierta noción externa de que la universidad es un sitio inhóspito, una gruta con demasiadas galerías, pasadizos y filtraciones.

Y es que, tras décadas de clientelismo, hay una Universidad subterránea que no suele cambiar de equipo de gobierno. Se trata de una élite supuestamente intelectual y hacedora de opinión, con carnet de consejero perpetuo, acá neoprogresista, allá salvapatrias; una oligarquía mimetizada en democracia, que tiene delegados en todas las comisiones y asambleas, y que vive generando borradores para emborronar proyectos, que produce reglamentos para dilatar acciones y que juega con nuestras situaciones académicas, mientras nos seduce hablando de progreso a fin de ocultar que nada está pasando. Ya lo dice el viejo aforismo de principios del siglo XX: "Si quiere que un problema no se resuelva, cree una comisión". Todos sabemos, además, que hay formas de vencer al populacho de que hace calor en Alaska en pleno solsticio de invierno. Estoy hablando de quienes, con habilidad, se quitan de encima a cualquier disidente, acusándolo de locura o radicalismo. Y de quienes están especializados en seducir a los votantes, para luego esconderse en el patio de atrás con tal de obviar sus molestas reivindicaciones. Un sanedrín que predica el instante como única religión para sus devotos, mientras se ocupa en la trastienda de mantener celosamente las posiciones adquiridas.

Como resultado, la Universidad lleva muchos años inmóvil mientras todo se ha estado moviendo a su alrededor. Y a resultas del consentimiento colectivo, hemos confiscado nuestro reservorio moral. Se ha instalado una cultura política universitaria que sólo atiende las urgencias que devienen del suceso cotidiano, con independencia de su trascendencia, incluso de su veracidad. Sucede, sin embargo, que la política correcta suele ser la menos cómoda. Cabe, pues, la reflexión. Porque mientras nos mantengamos en nuestro bastión de narcisismo, no podremos salir del impasse.

Hay una Universidad subterránea que no suele cambiar con el equipo de gobierno. Se trata de una élite supuestamente intelectual y hacedora de opinión, con carnet de consejero perpetuo, acá neoprogresista, allá salvapatrias... Una oligarquía mimetizada en democracia